

“Y AQUÍ COMIENZA, TIA, LO QUE DESEABA CONTARLE”

FERNANDO SORRENTINO¹

Primer conocimiento

Allá por 1958 yo tenía quince años y cursaba el tercero de la enseñanza media. Posiblemente en un día de otoño o invierno, vi, en alguno de los cines –que ya no existen– cercanos a la plaza Italia o a Santa Fe y Canning, una película argentina que me maravilló: era *Rosaura a las diez*, con dirección de Mario Soffici y protagonizada por Juan Verdaguer y Susana Campos. Esa película, considerada ahora con ojos de nuestro tiempo, adolece de cierto hieratismo y posiblemente de algún traspie técnico que los críticos de cine sabrán definir mejor que yo. Pero, así y todo, sale muy airosa del examen, ya que la trama, la psicología de los personajes, el progreso de los hechos, las sorpresas, los cambios de rumbo y el contundente final logran lo mejor a que puede aspirar una película: que, durante todo el tiempo de su proyección, el espectador esté atento a su desarrollo y se pregunte “¿Qué pasará ahora?”.

Y esa atención total se debe a la solidez del argumento, que es obra y gracia de la novela homónima de Marco Denevi. Diré entonces que, si vi la película un sábado, sin duda el lunes siguiente me presenté en una librería y adquirí el ejemplar de *Rosaura a las diez* que, en la

¹ ANLE. Educador, escritor, ensayista e investigador. Su obra literaria es amplia, variada y diversificada de proyección internacional. En el N° 9 de nuestra revista (75-83) se incluye una sustantiva entrevista sobre su trayectoria y producción tanto en narrativa como en sus ensayos literarios y filológicos. <http://www.fernandosorrentino.com.ar/index.html>

edición de Kraft, sigue acompañándome en mi biblioteca. He releído la novela no sé cuántas veces, no sólo en casa sino también en las placenteras clases que impartí durante cuarenta años en diversos colegios secundarios. En ellas disfruté del agrado generalizado que veía en el rostro de los alumnos a medida que avanzábamos en la lectura. Y puedo asegurar que –lo digo con merecida jactancia– muchos de ellos se convirtieron en devotos denevianos gracias a mis afanes. Afanes no sólo desinteresados sino muy gratos para mí, pues me encantaba revivir y compartir con los adolescentes las peripecias debidas a la imaginación de ese prodigioso inventor de mundos ficticios.

Un joven desconocido

Hacia fines de 1954 o principios de 1955, las autoridades de la antigua, venerable y, ¡ay!, ahora extinta Editorial Guillermo Kraft, de Buenos Aires, convocaron, a sus oficinas de la calle Reconquista 319, a cinco ilustres escritores argentinos: Fryda Schultz de Mantovani, Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, Álvaro Melián Lafinur y Manuel Mujica Láinez.

Aquella dama y estos cuatro caballeros tendrían como misión integrar el jurado literario que otorgaría, a quien mejor lo mereciese, el “Premio Kraft 1955 para la Novela Argentina”.

Concluida la labor de examinar los méritos de ciento once obras, el jurado resolvió, por unanimidad y sin hesitación ninguna, otorgar el primer premio del concurso a la novela titulada *Rosaura a las diez*. Ésta mostraba tal madurez expresiva, tal perfección de construcción, tal riqueza y variedad de lenguajes, tal exactitud y sabiduría en su trama, que los miembros la supusieron obra de algún colega ya consagrado.

Sin embargo, abierto el sobre que revelaría la identidad del experto narrador, resultó que el nombre del autor de *Rosaura a las diez* era absolutamente ignoto, nadie lo había oído mencionar jamás y no había aparecido nunca ni siquiera al pie de un cuentecito publicado en una revista literaria de aficionados.

Se trataba de un tal Marco Denevi. Cuando se hizo presente, las personas de Kraft no se encontraron con un profeta barbado y extravagante, de pipa, melena y anteojos, disfrazado de “intelectual”, sino con un hombre, en el medio del camino de su vida, correcto, tí-

mido y taciturno, vestido como gris oficinista y que se desempeñaba laboralmente en la asesoría letrada de una entidad bancaria.

Poco más tarde de recibir el Premio Kraft, Denevi explicaría:

Rosaura a las diez es mi primer libro; su primer párrafo, mi primer párrafo; la palabra con que comienza, mi estreno como (¿cómo decirlo?), como “ejercitador de las letras” (la expresión es del apócrifo Mairena). La obra nació, conforme lo quería Martí, de un acto de amor. Escribirla fue un quehacer premioso, gozoso, doloroso, sin pausas. Y puro, porque entonces hallaba en sí mismo toda su razón de ser, sin preocuparse por su ulterior destino. Apenas terminado, su goce y su dolor se hicieron irrecuperables y de ambos no sobrevivió sino una transvaloración de orden espiritual. Que tal es, cabalmente, lo que le ocurre a todo auténtico acto de amor.

El perfecto mecanismo de relojería

Según se sabe, *Rosaura a las diez* es una novela estructurada en cinco partes. En cada una de ellas, distintos narradores aportan diversas informaciones sobre los extrañísimos sucesos que tienen como protagonista al inolvidable Camilo Canegato, uno de los personajes –creo yo– física y psicológicamente mejor logrados de la literatura mundial.

La primera parte (declaración de la señora Milagros) y la segunda (declaración de David Réguel) están en boca de sendos narradores que, como testigos, relatan, con sus muy disímiles puntos de vista, los sucesos ocurridos en la hospedería “La Madrileña”, especialmente en los últimos seis meses (desde “aquella mañana en que el cartero trajo un sobre rosa con un detestable perfume a violetas” dirigido a Camilo Canegato). La parte III se titula “Conversación con el asesino”; adopta la forma de un diálogo teatral puro, sin una sola acotación, entre Camilo Canegato y el inspector Julián Baigorri. En la parte IV, la risible señorita solterona Eufrosia Morales acude espontáneamente a la policía para ofrecer su propia versión de los hechos, y éstos aparecen bajo la forma del discurso indirecto libre. Clausura el libro la transcripción literal de una carta inconclusa, carta que se trunca en el punto exacto en que sus últimas palabras (“Y aquí comienza, tía, lo que deseaba contarle”) cierran mágicamente la novela, como un perfecto mecanismo de relojería.

El lector, después de haber examinado los cinco “documentos” que el autor aportó absteniéndose del mínimo comentario, ahora y sólo ahora (en las últimas líneas), se halla en posesión de *toda* la información necesaria para saber qué había ocurrido *realmente*.

Pues bien, como he dedicado una parte considerable de mi existencia a leer literatura y como yo mismo he publicado muchos relatos y ensayos, puedo afirmar que no me considero un lector ingenuo: hecha esta declaración, confieso mi entusiasmo ilimitado por los méritos de *Rosaura a las diez*.

Ciertas obras, que me interesaron en la primera lectura, no resistieron la segunda; en cambio, ¿cuántas veces he podido releer, con inmenso placer, las peripecias de *Rosaura*? Muchísimas, y siempre encuentro novedades, antes inadvertidas.

Es verdad que la estructura narrativa de *Rosaura* es ingeniosa y brillante. Pero, en realidad, este hecho —puramente técnico— reviste una importancia menor: el hechizo de la novela estriba en que todo lo que se narra en ella resulta, todo el tiempo y a lo largo de todo el libro, sencillamente fascinante.

Como en la vida misma, se alternan los niveles de lengua y cada personaje habla exactamente como debe hablar; un rasgo patético nos angustia y los enigmas nos intrigan; de pronto el mejor humorismo nos hace reír de buena gana; las sorpresas y las continuas vueltas de tuerca nos recuerdan, una y otra vez, que la realidad puede tener (y, de hecho, tiene) infinitos rostros, y que ninguna cosa es, en rigor, siempre lo que parece ser.

Los hermanos de *Rosaura*

Desde luego, la obra de Denevi no termina en *Rosaura a las diez*.

Vemos en sus narraciones predilección por los personajes anacrónicos, los ámbitos cerrados, los ambientes atemorizadores, el misterio que suele latir tras las apariencias cotidianas.

Y hay un tema que aparece con una forma y luego regresa, con otro aspecto algo distinto, una y otra vez. Y es el tema de la sustitución de la personalidad. El motivo es central en *Rosaura a las diez*, pero reaparece en *Ceremonia secreta*, en *Un pequeño café*, en *Los asesinos de los días de fiesta*...

Con el transcurrir del tiempo, me fueron conferidas nuevas recompensas: es decir nuevos libros de Denevi que yo –obediente a los dictados de mi placer, no de mi deber– adquiriría de inmediato. Y entonces venía, para mí, lo mejor: el hecho de la lectura, que implicaba el dejarme llevar por la fluidez de esa prosa impecable donde nunca se tropieza con ninguna piedra, y el gozar de sus vivencias y de su profusión de pormenores –nunca ociosos, siempre verosímiles–, y el asistir al desenvolvimiento y la resolución de los hechos más cautivantes, y el sorprenderme por esa escritura policorde, donde, cuando corresponde, están la emoción, la tragedia, el humorismo, los matices, las sutilezas, las metáforas iluminadoras...

A partir, entonces, de aquel lejano 1958, y hasta el día de hoy, pasé a ser un entusiasta deneviano y, durante un amplio lapso, también un admirador secreto.

Hasta que...

Cierto día de 1975 decidí averiguar: calle Pastorino tal número; código postal tal, Sáenz Peña; provincia de Buenos Aires...

No sé cómo me atreví a enviar por correo un ejemplar de un libro mío, con una tímida dedicatoria, a mi admirado Marco Denevi. No muchos días más tarde recibí una carta *hermosa* –éste es el adjetivo preciso– en la que el maestro me transmitía su opinión sobre mis cuentos.

Y, como una carta suele traer otra, y ésta una tercera, y así sucesivamente, llegó el día en que Denevi –con el que jamás hablé por teléfono: sólo nos comunicábamos por carta– me invitaba a tomar un café en la desaparecida confitería Saint James, que quedaba en la esquina de Córdoba y Maipú.

Allí estaba yo, mesa por medio, con ese hombre de aspecto muy atildado, de traje tradicional, de camisa y corbata. Ese hombre canoso, de estatura más bien escasa, de ojos algo hundidos y de preclara inteligencia, se hallaba sentado frente a mí. Él tenía cincuenta y cinco años; yo, veintidós menos.

No pude no pensar: “Parece un sueño. Estoy conversando –en apariencia muy suelto de cuerpo, pero en verdad muy emocionado– con el maravilloso autor de *Rosaura a las diez*, con la persona que inventó a Camilo Canegato, a David Réguel, a la señorita Eufrasia Morales... Este mismísimo hombre tejió esa trama compleja y perfecta de la novela que yo leí y releí tantas veces...”.

Pasaron muchos años y no volví a encontrarme personalmente con Denevi. Pero continué, claro que sí, frecuentando sus obras, por completo desobediente a la orden de ignorarlo, ucuse impartido por las despiadadas, inservibles, histriónicas, mamarracheras, histéricas, quisquillosas, plúmbeas y lucrativas sectas que, autoproclamadas “progresistas”, monopolizan la literatura y rigen los medios “culturales” (o *culturosos*) de nuestro país.

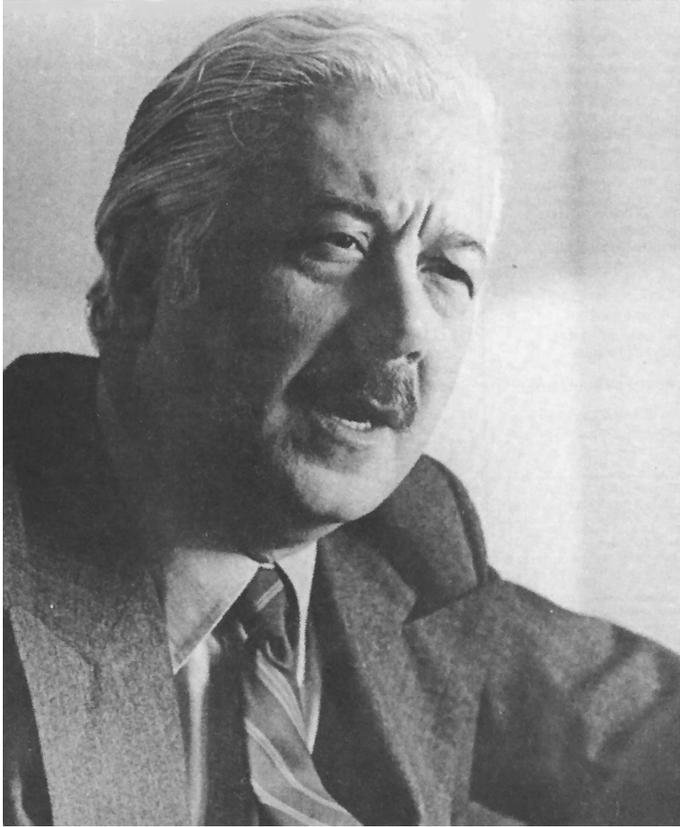
Mi gratitud final

Ocurre que yo no puedo hablar con la presunta “profesionalidad” del crítico que “trabaja” de crítico, esa persona que, acaso odiando la literatura, tiene la desdichada obligación de escribir algún ensayo sobre algún tema cualquiera para cumplir con cierto requisito universitario o periodístico, o, acaso, para congraciarse con tal o cual sector político o económico.

No: éste no es mi caso. Yo soy un lector que se deja llevar exclusivamente por el placer de la lectura. En tal sentido, me encanta que me cuenten historias *interesantes* (en el sentido pleno del vocablo), historias donde haya misterios o enigmas, y que yo pueda creer en esos misterios y desee descifrarlos.

Y, cuando esos misterios están relatados según los más estrictos recursos de la verosimilitud, con la máxima riqueza de detalles, con los personajes que manejan el lenguaje adecuado a su situación social; cuando reclaman nuestra atención tantas ideas inteligentes; cuando, aquí y allá, se asoman las magníficas gracias de su autor; cuando la prosa, salpicada de travesuras de toda índole, corre, fluida y límpida, por esas historias atrapantes..., bueno, ¿qué otra cosa mejor puede pretender un lector como yo, un lector que ama la literatura?

Sólo puedo sentir admiración y gratitud. Y tales son mis sentimientos hacia Marco Denevi.



Marco Denevi (1920-1998)

